

Enrique Badosa: «Una obra de Subirachs», *El Noticiero Universal*, 23 de julio de 1966, p. 2

La arquitectura civil del pasado nos dejó muy pocos testimonios. El templo y la fortaleza son lo que perduró, más o menos bien conservado. Los antiguos sentían la necesidad de hacer grandes obras oficiales –religiosas y castrenses–, pero no se preocupaban mucho de dar solidez y perennidad a la casa particular. Tal vez intuían que la casa particular estaba destinada a constantes modificaciones, las impuestas por las crecientes necesidades de un vivir mejor, más confortablemente, mientras que el templo –sobre todo– era el ámbito de lo inamovible, de unos principios espirituales inmutables y que, por lo tanto, exigían perennidad en su forma. La arquitectura civil no empieza a ser sólida, físicamente sólida, capaz de perdurabilidad, hasta el Medievo. A partir de entonces, la arquitectura civil aspira, y a menudo lo consigue, a ser tan consistente y perdurable como la oficial.

Esta aspiración de la arquitectura civil no descarga a los gobernantes del deber de estimular la creación de grandes obras que sean el testimonio del arte de la época. La arquitectura «oficial», que no tiene porque ser sinónimo de «académica», puede y debe asumir las corrientes estéticas en boga. Y este poder y este deber no significan una renuncia al buen criterio en la elección del artista. Dentro de las directrices actuales de la arquitectura, hay buenos y malos arquitectos, los hay con sensibilidad artística y los hay que carecen de ella, hay creadores y simples imitadores, como siempre sucedió. Lo que importa es saber a quién se encargan los trabajos.

Al margen del deber de estimular y financiar obras de arte arquitectónico, las autoridades estatales y municipales también se ven limitadas por una cuestión de disponibilidad económica, por un sentido de prioridad. Si en una ciudad hay muchos problemas urbanos que claman urgente solución, ¿es lícito emplear el dinero municipal en obras menos urgentes?... Desde luego que no es lícito. Y también el urbanismo es un condicionante del afán constructor, un condicionante estético que muy a menudo los arquitectos precisamente oficiales no suelen tener en cuenta. De un arquitecto que construyese una casa de tipo alpino en la orilla mediterránea todos pensaríamos que se ha equivocado. Arquitectura y geografía están íntimamente relacionadas. No hay que insistir. Y también lo están arquitectura y urbanismo. En determinado lugar no se puede levantar según qué edificio, por cuanto ese edificio sería contrario a la realidad urbanística ambiental. ¿Qué diríamos de una edificación de acero y cristal erigida, por ejemplo, en el lugar que ahora ocupan las viejas casas fronterizas al ábside de la seo de Barcelona?... Pues lo mismo que decimos del bloque que el Ayuntamiento está alzando cerca de la Plaza de San Jaime, para ampliación de sus oficinas. Aunque en el límite del Barrio Gótico, esa estructura carece de sentido

urbanístico y arquitectónico, precisamente por haber sido levantada en tal lugar.

El desaguizado arquitectónico y urbanístico ya esta cometido. Menos mal que la escasa originalidad de la construcción quedará redimida por la obra de un verdadero artista: José María Subirachs. Levantar un bloque como ése no exige ningún especial talento artístico al arquitecto, sino la mera solución de unos problemas de cálculo de resistencia de materiales. ¿Que esta obra será representativa?... Desde luego. Pero no precisamente representativa de la buena arquitectura contemporánea, sino de la que ya resulta la menos original. José María Subirachs será el redentor de esa mole. José María Subirachs es el escultor que, con un estilo inconfundible, dará originalidad artística a un edificio que arquitectónicamente carece de ella cuando se halla tan cerca de un ámbito que tanto habría de responsabilizar a un constructor.

José María Subirachs se ha enfrentado con el problema de dar sentido artístico a un edificio del cual su creador no se preocupó demasiado en lo estético. Las tópicas líneas de esa construcción son un desafío a la originalidad creadora del escultor encargado de salvarla precisamente del tópico. El talento de Subirachs justifica todas las esperanzas de que esta mole arbitraria poseerá, por gracia del escultor, una calidad artística que la haga, a pesar de todo, digna del prestigioso lugar en que se halla emplazada, digna de representar el arte de nuestro tiempo.